

Nuestra alma se vuelve aún más impura con nuestras lágrimas, cuando el amor del mundo es causa de que las derramemos.

LÁGRIMAS.—Hemos de ser insensibles á las lágrimas de los pecadores.

Debemos dejarnos conmover por las lágrimas de los santos.

Debemos derramar lágrimas para mezclarlas con las lágrimas de Jesucristo.

LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.—El primer motivo de sus lágrimas debe ser, el dolor de haber ofendido á Dios.

El segundo motivo de sus lágrimas debe ser, la alegría de haber reconocido sus extravíos.

LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.—Con sus lágrimas lavan todas sus manchas.

Con sus lágrimas dan alegría á los ángeles.

LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.—Con las lágrimas apagan el fuego de la divina justicia.

Con las lágrimas apagan el fuego del infierno.

Con las lágrimas apagan el fuego de su concupiscencia.

LÁGRIMAS DE LOS PENITENTES.—Sus lágrimas atraen las gracias, que ha sembrado Jesucristo en su corazón para convertirles.

Sus lágrimas multiplican sus buenas obras.

Sus lágrimas son lluvia, que sazona los frutos de su penitencia.

LANGOSTA; véase: **ROGATIVAS PARA LANGOSTA.**

LASCIVIA; véase: **DESHONESTIDAD, IMPUREZA, SENSUALIDAD, HIJO PRÓDIGO.**

LATROCINIO; véase: **HURTO É INJUSTICIAS.**

Véase: **TRISTEZA CRISTIANA.**

LÁMPARAS.

Præcipe filiis Israel, ut afferant tibi oleum de olivis purissimum ad concinundas lucernas.

Manda á los hijos de Israel, que te traigan aceite de olivas, el más puro para hacer arder las lámparas.

(LEV. XXIV, 2.)

La Iglesia de la tierra, esta divina Esposa de Jesús, ha deseado siempre parecerse á la Iglesia del cielo, á la cual considera como á hermana primogénita. Hasta que en la eternidad forme con ella una sola Iglesia, teniendo á Jesús por único Jefe, procurará imitarla, tanto como se lo permita su condicion de viajera en este valle de lágrimas.

El mismo Jesús, á quien los ángeles adoran en todo el esplendor de su gloria, reside sobre nuestros altares, oculto bajo los velos misteriosos de las especies sacramentales, y la Iglesia militante que lo posee, desea que sus hijos, acá en la tierra, le tributen homenajes que no cedan en nada á los homenajes de adoracion, de reconocimiento y de amor que los espíritus angélicos le rinden en la patria celestial.

El discípulo muy amado, que estuvo tan deliciosamente recostado sobre el corazón de su divino Maestro, nos asegura; que vió en los cielos á Jesús, sacerdote y víctima, en medio de siete candeleros de oro, que ardian siempre delante del trono del cordero. Pues bien; siendo la Iglesia militante una imágen de la Iglesia triunfante, el espíritu de Jesús, que es el espíritu de su Iglesia, al mostrar á san Juan los misterios de la celeste Jerusalem, debió inspirar á la Iglesia de la tierra el deseo de imitar á la del cielo, manteniendo lámparas siempre encendidas delante del divino Tabernáculo, que es el trono del cordero inmolado. Del uso que la Iglesia hace de las lámparas voy á ocuparme en este discurso; pidamos la gracia. A. M.

1. El Espíritu Santo, al dar la Ley de la antigua alianza, figura de la Ley nueva, ordenó á Moisés, que mandára á los hijos de Israel llevarsen aceite de olivas, el más puro y clarificado, para hacer arder siete lámparas delante del tabernáculo, donde estaba encerrado el maná en un vaso de oro, con obligacion, por parte del gran sacerdote Aaron y

todos sus sucesores en el sacerdocio, de mantener día y noche siempre encendidas aquellas lámparas.

La Iglesia de Jesús, que considera la Sinagoga como la aurora que la precede, y á la Iglesia del cielo como al mediodía, término hácia el cual camina; se esfuerza en cumplir la figura de la primera, que la anunció, y hacerse semejante á la segunda, hácia la cual se dirige; y ordena en nombre del Espíritu Santo que la inspira, que tenga siempre encendida alguna lámpara en el santuario de la nueva Alianza, en donde reposa Jesús, verdadero maná de los cielos.

El uso de las luces y de las lámparas delante de nuestros tabernáculos, no es, pues, de invencion humana; sinó que, inspirado por el Espíritu Santo á Moisés, y á la Iglesia, es de institucion divina. Nuestro Señor Jesucristo mismo sancionó este uso, al instituir el adorable sacramento de su Cuerpo en una sala espléndidamente iluminada, consagrando así la luz en honor de este augusto misterio.

Aconsejado por este mismo espíritu, é instruido por Jesús de todos nuestros divinos misterios, el apóstol san Pablo celebró el sacrificio de la Misa en Troade, en una magnífica sala iluminada por una multitud de lámparas, encendidas no tanto para alumbrar á los fieles allí reunidos, como por el honor y el profundo respeto que inspira el adorable misterio de la Eucaristía.

El antiguo uso de las luces y de las lámparas se introdujo en nuestras iglesias, no soloenseñal de regocijo, ó bien para alumbrar nuestros santuarios; sinó especialmente por un sentimiento profundo de piedad, para proclamar la excelencia de la presencia real de Jesucristo en nuestros tabernáculos. Hé aquí porque, dice Tertuliano (IN APOC. LIV. III), que las lámparas deben estar encendidas en nuestras iglesias, aún de día. Escuchad ahora á san Paulino, que al describirnos los santuarios de su tiempo, dice: «Nuestros magníficos altares, rodeados de un gran número de lámparas, forman de día y de noche una brillante corona de luz; mientras que los cirios, que arden delante del tabernáculo, trono magnífico del amor de Jesucristo, despiden olorosos perfumes. Así, la noche se convierte en nuestros templos en claro y hermoso día; y el día mismo, es tanto más luminoso, cuanto á la brillante luz del sol se añade la de las lámparas y de los blandones, que arrojan por todos lados rayos de fuego.»

El uso de encender lámparas en las iglesias data de los primeros siglos del cristianismo; y lo tenían á tanto honor los fieles, que no se contentaban con suspender delante del tabernáculo lámparas de un metal vulgar, sinó que suspendían frecuentemente lámparas de oro ó de plata, como lo atestiguan los magníficos presentes que el emperador

Constantino hizo á varias iglesias. No satisfecha aún la piedad de los fieles, con quemar aceite comun, mezclábanle bálsamo y perfumes los más deliciosos. Piadosa y santa costumbre, dice san Agustín (ÉPIST. CLXV), que nos revela los sentimientos de fé viva, de tierna piedad y de ardiente amor de que se hallaban penetrados por la divina Eucaristía.

Escuchad á san Juan Crisóstomo cuando exhortaba á los fieles á concurrir á la iglesia: «¡ Ah! venid, les decía, venid pues al templo del Señor; esta es la mansion misma de Dios. En ella poseemos grandes riquezas; en ella fundamos toda nuestra esperanza; en ella existe la mesa divina del Señor; en ella arden esas lámparas misteriosas, que son un manantial inagotable de milagros; ¡cuántos enfermos llenos de fé han sido curados súbitamente, despues de ser untados con el aceite santo de la lámpara del santuario!»

2. Si nosotros, carísimos hermanos, encendemos lámparas delante del tabernáculo, no es porque Jesús haya menester de luz; es porque siendo el inmortal soberano del mundo, verdadera luz del cielo y de la tierra, que se dignó nacer en un establo, en la oscuridad de una profunda noche, es justo que la Iglesia le ofrezca en sacrificio y consuma en su honor las más puras de todas las creaciones, la luz, el fuego y el aceite.

Por otra parte, el mantener lámparas delante de nuestros tabernáculos es un deber sagrado que nos impone la religion. No es solo un sacrificio perpétuo que hacemos á la infinita majestad de Dios, sinó una solemne y pública manifestacion de nuestra fé en la real presencia de Jesucristo en nuestros tabernáculos. Impotentes para estar siempre en adoracion al pié de los santos altares, nos tenemos por muy dichosos en perpetuar nuestra adoracion por medio de esas lámparas, símbolo de nuestro corazon, que, como la lámpara del santuario, debe brillar, alumbrar y consumirse de amor por Jesucristo.

La luz que arrojan las lámparas del santuario ¿no es, además, en el orden de la naturaleza, una imágen simbólica de la adorable Trinidad? El fuego representa á Dios Padre, como dijo Moisés al pueblo de Israel: vuestro Dios es un fuego devorador; la luz, que procede del fuego, es la imágen de Dios Hijo, que procede de su Padre, y que el apóstol san Juan llama la luz verdadera, que alumbrá á todo hombre que viene al mundo: y el aceite es símbolo del Espíritu Santo, llamado por los Padres, la unción de la Trinidad Santísima.

Es pues muy agradable á Dios, el santo uso de encender cirios y lámparas en nuestras iglesias. Si el Señor considera las oblaciones hechas á los pobres como ofrendas hechas á sí mismo, ¡cuánto más agradables y más meritorias todavía deben ser las ofrendas hechas

directamente á la infinita majestad de Dios! Los milagros obrados por el aceite y la cera que arden delante de los altares ¿no publican altamente cuán gratas son á Dios estas manifestaciones de nuestra fé, por lo que mira á la divina Eucaristía?

Hé aquí lo que leemos en los archivos del arzobispado de Zaragoza:

«En el año 1638, un jóven de edad de diez y nueve años, hijo de un labrador, habiéndose fracturado una pierna á causa de una desgracia, fué trasladado al hospital de la ciudad. Ningun remedio mejoraba el estado del enfermo, y se determinó amputarle la pierna, que fué reemplazada por una de madera. Pues bien, por espacio de dos años consecutivos, veíase á este jóven en la puerta de la iglesia, en la que habitualmente pedia limosna. Todos los dias el inválido entraba en la iglesia, y untaba la cicatriz causada por la amputacion con el aceite de las lámparas que ardan delante del altar. De regreso al seno de su familia, el 20 de marzo 1640, más fatigado que de ordinario, se acostó, y quedó entregado al más profundo sueño. Interin dormía, sus padrés, que se hallaban delante de él, notaron que su hijo tenia ambas piernas, en el estado en que se encontraban ántes que una de las dos fuese amputada; y él mismo, con una admiracion fácil de comprender, comprobó el hecho levantándose. Penetrado de gozo y de reconocimiento, vuelve á Zaragoza, se presenta con sus dos piernas, y pide que el milagro sea jurídicamente examinado. Para responder á sus deseos, y á fin de poder establecer la verdad de un hecho tan extraordinario, la autoridad eclesiástica ordenó la competente averiguacion. Empezaron las informaciones; y se recibió afortunadamente la declaracion del cirujano que habia cortado la pierna, de las personas que habian asistido á la operacion, de las que habian enterrado el miembro amputado, y por último, de todos aquellos que atestiguaban haber visto al dicho jóven, arrastrarse durante dos años por las calles de la ciudad y á la puerta de la iglesia con una pierna de palo. Y solo despues de haber severamente examinado y largamente discutido el valor de estos diversos testimonios, en presencia de los doctores de las tres facultades; el arzobispo de Zaragoza decidió por sentencia, que el hecho era milagroso.

Cuando este hecho milagroso tenia lugar en España, en Francia, M. Olier decia á uno de sus amigos: «¿Queréis ayudarme á formar sacerdotes del Santísimo Sacramento?» y fundó la Congregacion de los sacerdotes de san Sulpicio, que difunden por todas partes la devocion debida á este adorable misterio, habituando á los jóvenes levitas al amor de Jesús, hostia encerrada en nuestros tabernáculos. M. Olier amaba tanto la santa Eucaristía, que, con frecuencia, exclamaba:

¡Oh! ¡quién me diera ser pan, para ser convertido en Nuestro Señor! ¡Oh! ¡qué no daria yo por participar de la naturaleza del aceite, para poder siempre consumirme delante del Santísimo Sacramento! Contemplando las lámparas delante del santo altar, donde Jesús se halla cautivo de su amor por nosotros, decia: ¡Cuán felices sois de consumirnos todas para gloria de Dios, y de arder perpétuamente para alumbrarle! No pudiendo aquel virtuoso sacerdote consumirse él mismo en las llamas del amor divino, á causa de sus ocupaciones exteriores, hacia arder continuamente en los dos extremos del altar dos cirios para representarle; y en una exhortacion que hizo un dia á las señoras de su parroquia, les dijo, que, puesto que ardan siete lámparas delante del Arca de la alianza, y hay siete espíritus delante del trono de Dios; era de desear, que hubiese tambien siete lámparas que ardieran dia y noche delante del trono que Nuestro Señor habia elegido en aquella iglesia. Apénas terminada la exhortacion, se reunieron las señoras, y acordaron, que siete lámparas quemasen dia y noche en presencia del tabernáculo de Jesús.

Esta magnífica manifestacion de amor hácia la Eucaristía, la hemos visto renovarse en otras iglesias.

Digamos, pues, para concluir, al pié de los altares que ilumina la lámpara misteriosa, con el piadoso Luis de Blois: ¡Oh Jesús! sabiduría eterna, envíanos tu luz, ilumínanos, luz brillante y esplendorosa, para que las tinieblas de nuestra ceguedad se conviertan en claro dia brillante de esplendores. ¡Oh buen Jesús! adorna nuestra alma con ese brillo de la caridad que tanto amas; báñala con esa sustancia del amor que constituye tus delicias; líbrala de todo lo que te desagrada; y haz que ella te complazca en todas las cosas. ¡Oh ardores suavísimos! devorad y consumid este puñado de polvo de nuestra sustancia. Traspórtanos á Ti, para que, unidos contigo por el indisoluble lazo del amor, vivamos de Ti, y, como lirios, florezcamos delante de Ti. ¡Oh bellísima y graciosa flor, Jesús! oh vida permanente, vida por la cual nosotros vivimos, y sin la cual morimos; vida que constituye nuestro júbilo, y sin la cual caemos en un abismo de tristezas; vida dulce y amable! concédenos, que vivamos unidos á Ti, que te abracemos. Y por la suave caridad, arrúllanos en tu seno, Tú, que eres la agradabilísima paz, y haz que en él nos adormezcamos santamente. Así sea!